

TOT.
ZA.

dichosa con ella!... ¡Muy dichosa!... Dispéñenos usted.
¡Adiós, señora!
(Con mucha emoción.) ¡Adiós... Totó! (Saje con Simona. La señora Dufresne queda mirando con cierta extrañeza a su hija.)

TELÓN

FIN DEL TERCER ACTO



ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo acto con los muebles colocados en la forma indicada

ESCENA PRIMERA

ANAIS y DUBUISSON

Al levantarse el telón, Anais entra por la puerta Z con un telegrama en la mano, seguida de Dubuisson. Este fuma un cigarro

- DUB. ¿Regresará pronto?
AN. Vea usted el telegrama. (Lec.) «Mamá, estaré de vuelta mañana a las diez. Todos los hombres son unos canallas. Zazá.» (Le entrega el telegrama.) No podía usted esperar mejor noticia.
- DUB. ¿Mejor noticia? (Leyendo.) «Todos los hombres son unos canallas.» (A Anais.) De modo que usted cree que yo no soy un...
AN. ¡Por Dios, señor Dubuisson! No puede usted imaginarse que Zazá escribiera semejante cosa para usted.
- DUB. ¡Menos mal si no se enfada conmigo!
AN. No sabe que está usted aquí. ¡Si lo supiera!.. Siéntese usted. (Lo hace.) Dice que todos los hombres son unos canallas: es indudable que ha sorprendido a su amante.
- DUB. Es posible.
AN. Es seguro. Las mujeres somos así. Si

- DUB. aquel a quien amamos nos prodiga cari-
AN. cias, todos los hombres son buenos; pero
cuando nos engañan, los haríamos trizas.
Y cree usted que Zazá...
Como si lo viera. Zazá es un polvorín.
Buena como el pan, eso sí, pero con la
mano muy expedita. Corre mi sangre por
sus venas, y lo que ahora le está pasando,
me pasó a mi veinte años hace. Pero en
cuanto yo me enteré de las infidelidades
de mi hombre, no fué zambra la que se
armó en casa, ni bofetadas las que yo re-
partí aquel día.
DUB. ¿Y él qué hizo?
AN. Devolverme las bofetadas, pero con tal
fuerza que me creí sin muelas... Cuando
abrí los ojos, el pájaro se había largado...
Hace de ello veinte y cuatro años y no ha
parecido más.
DUB. Ya, ya.
AN. Pues bien, señor Dubuissou, Zazá es un
retrato de su madre. Hoy abofeteará a su
Bernardo y asunto concluído. Ya era hora
de que llegásemos al desenlace.
DUB. (Levantándose.) Si Zazá regresa a las diez,
poco tardará en llegar.
AN. (Levantándose.) Estoy impaciente. Fué Cas-
cart a recibirla a la estación.
DUB. ¿Y cree usted que obré bien quedándome
aquí?
AN. ¿Quién lo duda? ¿Qué deseará en seme-
jante caso? Que la consuelen. Usted podrá
proporcionarla los consuelos que necesite.
DUB. Como que los llevo en el bolsillo. (Saca un
aderezo.)
AM. ¡Qué delicado obsequio! Tiene usted todo
lo que se necesita para agradar a una mu-
jer. Pocas le habrán resistido.
DUB. No cree usted que si ella me ve al llegar...
AN. ¡Le recibirá con los brazos abiertos!
DUB. ¡Cómo tiene la costumbre de echarme a la
calle!

- AN. Antes, pero hoy... (Suena el timbre.) ¡Es ella...
Métase usted aquí... (Le esconde detrás del
biombo.) Es mejor no dé con usted de so-
petón. (Dubuissou se esconde.)

ESCENA II

Dichos, ZAZÁ, CASCART, SIMONA, y ROSALÍA, que fué a abrir
Entra Zazá agitada, triste, por la puerta Z. Anais corre a su
encuentro.

- AN. ¡Buenos días!...
ZA. (Sin pararse.) Buenos días, mamá. (Continúa su
camino sin besar a su madre. Zazá se sienta, silenciosa
en C. Cascart entra detrás de Zazá. Rosalía se acerca
poquito a poco hacia Zazá y le habla con precaución.)
ROS. ¿Quiere tomar algo la señorita?
ZA. (Parece como que acaba de salir de un sueño.) ¡Ah!
no, no. (Se quita maquinalmente el sombrero y el
abrigo que recoge Rosalía.)
ROS. Han traído este telegrama para la señorita.
ZA. (Coge el telegrama.) Bien.
ROS. ¿Necesita de mí la señorita?
ZA. No. (Sale Rosalía, Cascart entra por la puerta Z. Des-
pués entra Simona. Esta se sienta en B. aquel va hacia
la chimenea. Anais se acerca a Zazá.)
AN. ¿Qué hay, hijita?
ZA. ¿Qué ha de haber, mamá?
AN. ¡Cuéntame, cuéntame!
ZA. ¡Oh, no, mamá! ¡He pasado la noche sin
dormir y no estoy para cuentos!
AN. No puedo saber...
ZA. Más tarde lo sabrás todo. Necesito reposo
para reflexionar. Dejarme en paz; no quie-
ro ver a nadie. (Vuelve los ojos hacia su madre y
nota la presencia de Dubuissou. Dirigiéndose furiosa
a éste.) ¿Qué hace usted aquí?
DUB. (Asustado.) Yo... yo... he venido para...
ZA. ¿Para qué?

DUB. Para saber...
 ZA. ¿Para saber?... Oiga. Ya sé que es usted muy estúpido, pero no hasta tal punto. Usted no se hubiera atrevido a venir solo. Apuesto a que mamá le ha introducido.

DUB. Sí, pero...
 AN. Yo pensé...
 ZA. (Exasperada.) Sabe que si hay un hombre en el mundo que no pueda sufrir ni pintado, un hombre a quien he puesto en la calle, un hombre que me horripila, mi pesadilla, es él, y en un día como éste le busca y le pone ante mi vista!

DUB. ¡Oh, qué pícara!
 ZA. ¡Ha venido usted para saber si había roto con mi amante, ¡es todo lo que usted desea, lo que espera! ¡Qué le importa que yo sufra, mientras sea usted dichoso! Pues no; sea ya desgraciada o dichosa, nada sale usted ganando. Aunque me abandonara todo el mundo, nunca he de hacerle caso. ¡Se acabó, ea!

AN. ¡Hija mía!
 ZA. Mamá, llévatelo ya que tú lo has traído. ¡Idos juntos! ¡Idos! ¡Idos! (Empuja a Anais y Dubuison hasta la puerta Z. y después se echa en la chaise-longue de espaldas al público. Anais y Dubuison salen por Z.)

ESCENA III

ZAZÁ, CASCART, SIMONA

SIM. (A Cascart, levantándose.) ¡Por Dios, señor Cascart, dígame algo! Es usted el único a quien atenderá.

CAS. (Desde el centro de la escena.) En semejante estado, no puedo mezclarme en tales trapi-cheos.

ZA. No tendré a nadie a quien confiar mis penas. Mi madre parece gozarse cuando se trata de hacer algún despropósito. Sólo me falta que también tú me abandones.

CAS. ¡Bueno! ¡No te enfades!
 SIM. El señor Cascart es su verdadero amigo y le dará un buen consejo.

CAS. ¡Sí, los oirá como quien oye llover!
 ZA. ¡No digas eso! Eres el único hombre a quien atiendo y sólo tengo confianza en tí. He perdido la cabeza y tú has de ayudarme. Haré cuanto se te antoje. (Simona se sienta en F.)

CAS. ¡Pobre Zazá! Has de derramar aún muchas lágrimas hasta que vuelvas a la vida de artista, que es la verdadera vida. (Se sienta en D.) Te habías imaginado que tu amigo era libre y que estarías con él hasta el fin de tus días.

ZA. Sí...
 CAS. ¡Y sabes ahora que está casado!...
 ZA. Y que tiene una hija en quien adora: he sabido que cuando le conocí estaba ausente su mujer, que acababa de regresar, y que es hermosa. Eso me tiene loca. Tú lo sabes tan bien como yo que es hermosa, porque la viste la noche... del chocolate. ¿Qué quieres que haga? No puedo luchar... Está acabado... ¡No me queda ninguna esperanza, nada!

CAS. Debes, pues, abandonarle.
 ZA. ¡Abandonarle! ¿Crees eso?
 CAS. ¡No que nó!
 ZA. ¡Abandonarle! Ya se me había ocurrido... Pero...
 CAS. Pero no te decides.
 ZA. No digo eso.
 CAS. ¿Qué es lo que dices, pues?
 ZA. No digo nada. Quizá tengas razón... Abandonarle... Quién sabe si es lo más razonable... ¿Tú crees?
 CAS. Sí.

- ZA. He de abandonarle y le abandonaré. Cuando venga le diré...
- CAS. ¿Quieres verle?
- ZA. Le espero.
- CAS. (Levantándose.) No debieras.
- ZA. ¿Por qué?
- CAS. Estás enamorada, y en viéndole, al diablo todos tus propósitos.
- ZA. No puedo abandonarle sin decirle...
- CAS. ¿Por qué no?
- ZA. No sería correcto.
- CAS. (Paseando con agitación.) Si no se trata de ser correcto, sino de abandonarle lo más pronto posible, porque si tú no le despides hoy, él te despedirá mañana.
- ZA. (Furiosa.) ¡Me despedirá! ¡Me despedirá!... Eso se dice fácilmente.
- CAS. ¿Cómo?
- ZA. (Se sienta en C.) ¡Qué cosas tienes! No se me abandona de cualquier modo si yo no lo consiento.
- CAS. (Paseando.) Pero... ¡Un hombre casado y con una hija!...
- ZA. ¡Casado!... ¡Casado!... ¡No era soltero cuando me conoció; tenía hija y mujer, y a pesar de ello me ha querido!
- CAS. Pero entonces su mujer estaba ausente, mientras que ahora... (Se sienta en la chaise-longue.)
- ZA. Tres meses hace que regresó su mujer y aun no me ha abandonado.
- CAS. ¡Te habrás convencido de que su señora es hermosa!
- ZA. ¡Hermosa! ¡Hermosa! Quien sabe si a pesar de ser hermosa no le gusta.
- SIM. Es posible.
- ZA. (Se sienta en C.) ¡Segurísimo! De no ser así no me hubiese amado. Todos los días se dan casos de mujeres hermosas que no gustan a sus respectivos maridos.
- CAS. ¿Crees, pues, que dejará por ti a su mujer?

- No; pero tampoco veo claro que tenga que dejarme por ella. Bernardo me ama todavía, no hay duda alguna, ¿Por qué, pues, romper nuestras relaciones si él no ha soñado en abandonarme?
- ¿Estás loca?
- Ayer yo era dichosa y sin embargo él estaba casado y tenía una chiquilla. No veo lo que pueda impedirme que hoy sea tan dichosa como ayer. ¿No es cierto? ¿Ha cambiado la situación?
- Sí, porque tú sabes...
- Sí, sí; pero él ignora que yo lo sepa. Además su mujer nada sospecha tampoco. Todo te lo arreglas.
- Yo no he de decirle nada.
- Así será, pero otros se encargarán de hacerlo... y cuando se descubra el pastel... ¡Entonces... veremos!
- Sí; verás como se larga.
- Eso es cuenta mía. No soy tan tonta para dejarme abandonar por un amante que me ama y le amo.
- ¿Y crees posible trabajar y ser feliz en esas condiciones?
- No creo que sea la felicidad completa.
- ¡Pero te das por satisfecha! (Se levanta y pasea.) (Deteniéndole y con alegría completa.) ¡Ya lo creo! Ya está todo arreglado. Tú no me has dicho nada. Yo no he ido a París. Me hago la ilusión de que he soñado, y continuo viviendo con él del mismo modo que hace seis meses.
- Es natural, señor Cascart.
- ¿Ves tú como hice bien en pedirte consejo? Para seguirlo de este modo...
- Tú has dicho lo que debías decirme, y yo he hecho lo que tenía que hacer. No puedes imaginarte lo que te quiero.
- Tienes una manera muy rara de querer.
- ¿De modo que quieres volver a verle?
- (Coge el telegrama y lee.) ¡Vendrá para almor-

zar! (De pie, mira el reloj.) ¡Antes de diez minutos estará aquí. (A Cascart.) ¡Vete! ¡Vete!

(Le señala la puerta Z.)

CAS. ¡Esas son tus pruebas de agradecimiento!
ZA. No, hombre, no. Te quiero, te quiero: pero vete pronto. (Le besa y le empuja hacia fuera. Luego llama.) ¡Rosalía!
CAS. ¡Pobre Zazá! (Vase.)

ESCENA IV.

ZAZÁ, ROSALÍA y SIMONA

ZA. (Llamando.) ¡Rosalía!
ROS. (Acudiendo.) ¡Señorita!
ZA. ¿Cómo está el almuerzo?
ROS. Pronto estará listo.
ZA. ¿Pero aun no has puesto la mesa?
ROS. Estará enseguida.
SIM. Las dos la pondremos en un minuto. (Rosalía y Simona colocan la mesa A en el centro del escenario. Ambas colocan los cubiertos y demás útiles para comer.)
ZA. ¡Pronto llegará el señor Dufresnel (Mirándose en el espejo del tocador.) ¡Qué mal estoy! (Se peina y despues se arregla precipitadamente el vestido.)
ROS. Señorita, ¿quiere usted que la ayude?
ZA. Ocupate de la mesa y procura que todo esté listo cuando él llegue... ¿Qué hay para almorzar?
ROS. Huevos pasados por agua.
ZA. (Haciendo una mueca.) ¿Huevos pasados por agua?
ROS. Chuletas con patatas fritas, jamón y ensalada.
ZA. Vaya un menú.
ROS. ¿Cómo?
ZA. Hay que convenir que para inventar esos guisos no habrás tenido que pensar mucho.

¡Señorita, si aquí todos los almuerzos son iguales!

De eso me quejo. ¡Siempre lo mismo! Tengo la seguridad de que la otra en Paris, le preparará toda clase de golosinas.

Al señor le gustan mucho mis patatas fritas.

Si; no las haces mal; pero debes comprender que por buenas que sean, al cabo de de seis meses está uno de patatas hasta la coronilla... Procura, sobre todo, que el café sea bueno. Ya sabes que a mi Bernardo le gusta muy fuerte. Mirame. ¡Verdad que estoy horrible?

Nada de eso. Cuando ha llegado estaba usted pálida...

Y ahora tiene la señorita el cutis sonrosado y los ojos brillantes que echan chispas. ¿Por qué él me ama, entiendes? Y llegará pronto, y le espero y soy feliz. ¡He aquí el secreto de mi hermosura! ¡Y tú también eres hermosa, Simona; y mi Rosalía! ¡Cómo te quiero! (Besa a Rosalía.) Y ahora procura que no te se tuesten las chuletas. ¡Anda! (Mirando lo que la rodea.) ¡Jesús!

¿Qué ocurre, señorita?

¡Qué desorden!

¿Cómo?

¡Mi sombrero sobre el reloj, las enaguas planchadas colgando de la ventana y las botas sobre la mesa! ¡Qué estúpida eres!

¿Pero si siempre ha estado como ahora?

¡Oh! Pero ayer no tenias en que ocuparte y podía haber arreglado algo.

Ahora lo arreglaremos.

(Quitando el polvo del piano con un pañuelo.) ¿Qué te parece? ¿Está limpio? ¡Miralol! ¿No te da vergüenza? ¡Podría escribir mi nombre en el piano! ¡Dios mío! ¡Teniendo su casa tan limpia y bien arreglada, qué debe decir cuando sale de esta!

¡Pero, señorita!

ZA. Debe decir—y tú tienes la culpa de ello— que soy una mujer sucia y repugnante. Y por más que te chille, no puedo conseguir que seas hacendosa.

ROS. ¡Pero señorita!..
ZA. Calla y friega. (Las tres toman servilletas y empiezan a limpiar precipitadamente.) ¡Cuando pienso que todo reluce en su casa!.. ¡Eh!

SIM. Que bonito era todo y limpio... Allí el suelo, los cristales..

ZA. ¡Y los muebles! Aunque estuviéramos fro- tando medio año no conseguiríamos que estos relucieran igual. ¡Ah! ¡Mamarracho! Si Bernardo me abandona, tú sola tendrás la culpa.

ROS. ¡Pero señorita!

ZA. Cállate y limpia. Lllaman ¡Es él! (Dan la última mano a la faena de limpiar con excesiva precipitación.) ¡Dios mío, cómo está ese sillón! Te digo que limpies aquí, estúpida! (Le tira las enaguas al brazo y le pone de cualquier modo el sombrero en la cabeza.) ¡Llévate eso! (Rosalia se va junto con Simona. Zazá se apercibe que Rosalia ha dejado las botas sobre la mesa en que se almuerza para limpiar el piano; llama a la criada y le entrega las botas.) ¡Las botas! ¡Ah! ¡Si has dejado quemar el almuerzo, cuéntate entre los muertos! (La empuja hacia la cocina, y va a recibir a Bernardo. Después entran los dos por la puerta Z.)

ESCENA V

ZAZÁ y DUFRESNE. Bernardo se sienta en C. y tiende los brazos hacia Zazá.

ZA. ¡Ya estás aquí, Bernardo mío! (Se sienta sobre las rodillas de Bernardo.) ¡Ven aquí, que quiero verte y besarte! ¡Qué feliz me siento cuando te estrecho en mis brazos!

DUF. ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas ternezas!

ZA. ¡Qué malo eres! No parece sino que no soy siempre cariñosa cuando te tengo a mi lado.

DUF. Algo me ocultas, porque no estás como de costumbre. Conozco de sobra tus besos y tus caricias: te quiero demasiado para que no lo adivine.

ZA. (Satisfecha.) ¿Dices que me amas demasiado? Sí.

DUF. Sí.

ZA. ¡Qué gusto oírte decir, porque nunca se ama demasiado! ¡Si supieras, si supieras cuánto he sufrido! ¡Qué pesadilla tan grande he tenido!... He soñado que no me querías y que todo había terminado entre los dos. Yo no volvía a verte. Era muy desgraciada. ¡Qué sueño tan horrible, Bernardo! Pero ya pasó. Tú estás a mi lado, muy cerquita de mí y me amas aún y me amarás siempre, ¿verdad? Es una tontería, pero ¿qué quieres? ¡Soy tan feliz, que tengo ganas de llorar! (Se seca los ojos.)

DUF. ¡Pero, Zazá!

ZA. No, si ya pasó. (Se levanta y pasea.) ¡Ah! Estás de nuevo a mi lado y ya me tienes contenta y dispuesta a reír, a divertirme y a ser felices. (Entra Rosalia con los huevos pasados por agua, los deja sobre la mesa y sale.) ¿No tienes apetito?

DUF. ¡Más que apetito! ¡Traigo hambre! (Se levanta. Vuelve a entrar Rosalia. Zazá le muestra un agujero del mantel. Zazá está sentada en C. y Dufresne en B.)

ZA. ¡Rosalia, sírvenos en seguida! Siéntate allí, en tu sitio (Se sientan en la mesa.) Y dime, Bernardo mío, ¿tu marcha?

DUF. El jueves.

ZA. ¡Oh, qué felicidad! Pasaremos dos días juntos, dos días de amor con mi Bernardo. ¿Recuerdas la primera vez que almorzamos juntos? (Dufresne ha roto un huevo y lo inspecciona sin comérselo.) ¿Qué es? ¿No está bastante cocido? ¡Rosalia! (Entra Rosalia con las chuletas. Zazá le lanza miradas furiosas.) ¡No está cocido ese

- huevo! (Rosalia coge los huevos y se va.) Trae las chuletas... ¿Recuerdas, Bernardo, la primera vez que almorzamos juntos?
- DUF. El día del ensayo general de Bussy.
- ZA. No habíamos tenido tiempo de arreglarnos. Tú estabas en mangas de camisa y yo en enaguas.
- DUF. Sí; no habíamos madrugado.
- ZA. ¿Te acuerdas?
- DUF. ¡Ya lo creo! Rosalia nos sirvió una chuleta quemada... como ésta. ¡Vaya por los huevos que estaban crudos! (Zazá da muestras de estar molestanda y se separa de Bernardo.) ¿Qué tienes?
- ZA. ¡Muchas gracias!
- DUF. ¿De qué?
- ZA. ¿Es eso todo lo que recuerdas de nuestro primer almuerzo?...
- DUF. Es que no puedo decir...
- ZA. No; si ya sé que estás acostumbrado a comer mejor. Qué quieres que yo le haga; no cuento con recursos para tener una cocinera de primera...
- DUF. No te enfadarás por haberte dicho...
- ZA. ¡Yo te hablo de amor, y tú me contestas hablando de cocina!
- DUF. ¿Pero qué te pasa? Estás nerviosa. ¡Tontue-la! Ya sabes tú que no me habrán parecido despreciables tus almuerzos, cuando he reincidido tantas veces.
- ZA. Es verdad.
- DUF. ¡Ven acá! (Zazá se acerca a Bernardo.) Tus almuerzos tienen algo delicioso, por lo cual es imposible me canse de ellos.
- ZA. ¿Qué?
- DUF. Que con sólo inclinarme un poco, tengo junto a mis labios esta cabecita que me tiene loco desde hace seis meses. (La besa.)
- ZA. ¿Me quieres todavía, Bernardo?
- DUF. Te lo he jurado mil veces.
- ZA. Sí, lo creo, y soy dichosa.
- DUF. Podemos, pues, continuar comiendo.

- ZA. ¿Sabes que he decidido? Pues, ocuparme de la cocina, y si es necesario echar a Rosalia. No quiero que comas peor aquí que fuera. Ha de apetecerte todo en mi casa. Me gustas tú y me basta.
- DUF. ¿Mucho?
- ZA. Pero mucho...
- DUF. Y dime... Cuéntame las novedades de París.
- DUF. Lo más nuevo y divertido es la colección de perros y gatos que se exhiben en el Circo.
- ZA. (Nerviosa.) ¿En el Circo? ¡Ah, sí, en el Circo! ¿Has ido a verlos?
- DUF. Fuí con dos amigos.
- ZA. ¿Dos amigos?
- DUF. Sí, dos comerciantes.
- ZA. ¿Dos comerciantes?
- DUF. Sí. ¿Qué tiene de extraordinario?
- ZA. Nada.
- DUF. Estás inquieta. ¿Qué te pasa?
- ZA. ¡Eh!... Estoy pensando en que tus amigos son más afortunados que yo, porque aun no has ido nunca conmigo a ningún teatro.
- DUF. ¿Quieres que vayamos esta noche?
- ZA. (Con alegría.) ¡Sí, sí!
- DUF. Iremos al Gran Teatro, donde darán una representación artistas parisienses. Tomaremos un palco.
- ZA. ¿Qué contenta estoy! ¡Y cómo te quiero!
- DUF. Con seguridad pasarás una noche muy divertida.
- ZA. ¿Conoces la obra que representarán?
- DUF. Sí; hace un mes la vi en Variedades.
- ZA. (Poniéndose seria.) ¿En Variedades?
- DUF. Pasé una noche deliciosa.
- ZA. (Nerviosa.) No lo dudo. ¿Fuiste con un amigo?
- DUF. Sí.
- ZA. ¿Y tu amigo también se divertiría mucho?
- DUF. Extraordinariamente. Y a la salida... siendo algo tarde, fuimos...

- ZA. A tomar chocolate.
DUF. ¡Eh! ¿Cómo? ¿Porqué dices eso?
ZA. Por qué cuando aprieta el apetito a la salida del teatro se acostumbra a tomar chocolate.
DUF. Pues mira, lo has acertado.
ZA. ¿Sí, eh? Pues esta noche te suplico que no me ofrezcas chocolate porque le he tomado horror. Y en cuanto a la comedia, tengo la certeza de que ha de aburrirme soberanamente.
DUF. ¿Por qué?
ZA. Es un presentimiento.
DUF. ¡Pero a ti te pasa algo! Nunca te había visto como hoy.
ZA. No hagas caso. Estoy nerviosa y nada más.
DUF. ¿Por qué?
ZA. No sé. Me han hablado...
DUF. ¿A propósito de qué?...
ZA. De contratas...
DUF. ¡Ah!
ZA. Cascart me ha propuesto que firmara para Marsella, pero a pesar de que hacen excelentes proposiciones, no he querido comprometerme porque hubiera tenido que alejarme y pasar mucho tiempo sin verte.
DUF. No puedo permitir que por mí dejes de ir a Marsella.
ZA. ¿Cómo?
DUF. Que no debo impedir que ganes dinero no dándote yo lo suficiente.
ZA. ¿Permitirías que me contratase para Marsella?
DUF. No puedo impedir que te ganes la vida.
ZA. ¿No te importaría separarte de mí?
DUF. No he dicho tal.
ZA. (Con creciente irritación.) Has dicho mil veces que no tienes negocios en Marsella. En este caso quieres que nos separemos.
DUF. ¡Nada de eso!
ZA. Dilo, si es así.

- DUF. No me has comprendido. Es interés por ti... Cuando me vaya a América...
ZA. (Levantándose y paseando nerviosamente.) ¡Ah! ¡Lo esperaba! ¡Ya pareció el viaje a América! ¿Con que es cosa decidida que te irás? Lo sabes ya. Es preciso.
DUF. ¡Eso faltaba!
ZA. ¿Parto, acaso, para siempre?
DUF. ¡Quién sabe!
ZA. Probablemente estaré ausente tres o cuatro meses...
DUF. O cinco o seis... ¿Y te parece poco para una mujer celosa?
ZA. ¿Celosa? ¡Me voy solo!
DUF. (Apoyada en la chimenea.) ¡Oh! No mientas por lo menos. ¡Ya sé que te marchas con tu mujer?
DUF. ¡Mi mujer! ¡Tú sabes!... (Pausa corta.)
ZA. Pues bien, sí, lo sé. Sé que estás casado y que piensas abandonarme. (Pausa corta. Zazá se sienta en el taburete F. situado entre la chimenea y la mesa A.) ¡No te atrevas a negarlo! No te reprocho el abandonarme, porque al fin y al cabo no soy tu mujer; pero, ¿por qué no lo confesaste?
DUF. ¿Por qué?
ZA. Desde el momento en que no eras libre, ¿por qué dejaste que te amase tanto? ¿Por qué me has mentado y has fingido amarme?...
DUF. Pero...
ZA. ¡No debías hacerlo! Estaba entregada a un género de vida que pasaba alegremente para mí, y sin que yo me preocupase de que si era buena o mala. Llegaste tú, te adoré y me avergonzó mi anterior manera de vivir. Entonces pensé en cosas, de las cuales nunca había tenido la idea más remota. No ser más que tuya; tener un hijo que se te pareciese mucho; amarnos como ahora hasta morir de viejos... ¡Qué locura!
(Pausa. Llega paseando hasta la ventana y después se

apoya en la mesa A.) ¡Imaginas, quizá, que podré empezar de nuevo mi anterior manera de vivir? Pues no es posible, porque me causa horror. No, no tenías derecho de obrar así. Debías decírmelo todo, confesármelo todo... porque no te hubiera amado como te... (Le abraza con efusión por la espalda.) ¡Sí! ¡Sí! Te hubiera amado lo mismo, lo mismo, porque te amaré siempre, siempre... (Soltándole.) ¡Oh, Bernardol! ¡No debías engañarme! ¡No tenías el derecho de hacerme soñar una felicidad que nunca debía realizarse. (Se deja caer en la chaise-longue anegada en llanto.)

DUF. (Se levanta y pasea.) ¿Me acusas de haberte amado? ¿Crees que he reflexionado, que he podido calcular? Tu amor ha llenado mi alma toda, tus caricias han esclavizado mi voluntad... (Coge la silla C. y se sienta junto a Zazá.) ¡Dices que no tenía el derecho de amarte así! Mi amor apasionado, loco, no podía razonar. Te amaba. Era dichoso y tú eras feliz. ¿Y acaso no te amo como siempre? ¿Tengo, por ventura, valor para separarme de ti? ¿No estoy aquí aun, deseándote con la misma ansiedad que el primer día? No podemos reprocharnos nada, porque no es nuestra la culpa. Era necesario no habernos conocido para no amarnos. (Se echa en brazos de Zazá.)

ZA. (Anegada en llanto.) ¡Sí, sí!

DUF. ¿No hemos sido dichosos durante seis meses?

ZA. ¡Oh, sí, sí!

DUF. No quería causarte pesar; no quería que mi Zazá, el amor de mi alma, tuviese pena ninguna... ¿Me perdonas, verdad?

ZA. ¡Sí, sí!

DUF. ¡Y mi Zazá de mi vida me amaré siempre, siempre!...

ZA. ¡Habla, habla!

DUF. ¡Y yo siempre he de quererte también! Estás segura de ello. ¿No es cierto?

ZA. Sí.

DUF. ¿Entonces?...

ZA. Sí; pero te vas.

DUF. Pero volveré.

ZA. (Llorando.) ¡No, no! Mientes para no causarme pesar. ¡Totó me ha dicho que no volverías!...

DUF. (Se levanta y se retira unos pasos.) ¡Totó! (Bruscamente.) ¿Has visto a mi hija?

ZA. (Estupefacta.) Sí.

DUF. ¿Sí? ¿Dónde? (Pausa.) Contesta.

ZA. ¡En tu casa!

DUF. (Colérico.) ¿Has ido a mi casa?

ZA. Sí.

DUF. ¿Has visto a mi mujer?

ZA. Sí.

DUF. ¿Y le has hablado?

ZA. Sí.

DUF. ¿Tú? Tú te has permitido...

ZA. (Irguiéndose.) ¡Sí, sí, yo! ¿Por qué no?

DUF. ¿Y a qué has ido?

ZA. ¿A qué había de ir? Quería enterarme de lo que tú me ocultabas. (Entre la chaise-longue y la mesa A.)

DUF. ¿Y qué has dicho, desgraciada? (Se sienta en la silla B que separa de la mesa A.)

ZA. Dije lo que tenía que decir. ¿Y que puede importarte lo que haya dicho, si me amas? Me importa por la felicidad de mi mujer.

ZA. ¡Ah! ¿Quieres a ella, no a mí?

DUF. No es lo mismo. ¡Mi mujer es mi mujer!

ZA. ¡Y yo soy sólo tu amante! ¡Una mujer cualquiera. Como si mi corazón no pudiera desgarrarse como el de ella. (Se dirige hacia la ventana.)

DUF. ¿No me contestas?

ZA. ¡Y tú no me oyes! Yo te hablo de mí y tú me hablas de ella. Se trata de saber en definitiva a quién amas: a ella o a mí.

- DUF. Y yo quiero saber lo que has dicho a mi mujer.
- ZA. ¡Mi mujer! Sólo la manera de pronunciar este nombre me exaspera. Diciendo ¡mi mujer! ya lo has dicho todo. ¡Tu mujer! Una mujer que no te ama como yo, ¡es imposible! ¡Yo te he sido fiel; y ella... ella, quién sabe!
- DUF. ¿Te atreves a decirlo?
- ZA. No serías el primer marido que deja a un amante fiel por una esposa que le engaña!
- DUF. ¡Miserable!... ¡Pero no, tú no le has dicho nada!
- ZA. (Encarándose.) Sí; lo sabe todo.
- DUF. ¿Has dicho?...
- ZA. (Avanzando hacia él.) Que hace seis meses eres mi amante; que me amas y que no puedes abandonarme; que no la amas. Le he relatado nuestras caricias, nuestros amores; todo, todo, ¿entiendes?
- DUF. (Amenazándola.) ¡Ah! ¡Qué canalla de mujer!
- ZA. (Da un grito y cae en B.) ¡Ah! (Bernardo la repeló.) ¡Cómo la ama!...
- DUF. (Pasea dirigiéndose hacia la ventana.) ¡Sí, la amo, y no puedo comprender que haya olvidado ni un instante a quien he dado mi nombre para entregarme a tí! ¡Y creí amarte! ¡Ah! Pero me has curado completamente de mi locura; te veo cual eres, y en mi casa, después de esta estúpida aventura, no me quedará sino el recuerdo vergonzoso de haber amado a una mujer como tú. (Se dirige a R.)
- ZA. (Con amargura. Se levanta.) ¡Basta! ¡Basta! Puedes volver a tu casa; no he dicho nada; todo lo ignoran; ¡pero ya sé ahora cuanto quería saber!
- DUF. ¿Qué?
- ZA. ¡Que la amas a ella, y a mí nunca me has querido! ¡Me basta saber eso!
- DUF. ¡Oye!...
- ZA. (Retírase y se apoya en Z.) ¡No quiero oír nada! ¡No te acerques!... ¡Vete!

- DUF. ¡Bah! (Vase.)
- ZA. (Después de una pausa vuelve en sí y se dirige gritando a la puerta Z.) ¡Bernardo!... (Sale fuera.) ¡Bernardo! ¡Bernardo!... (Entra.) ¡Ah! ¡Por la ventana! ¡Bernardo!... (Le hace señas con la mano y de golpe se vuelve hacia el público, y desolada, dice:) ¡Ah! ¡Ni una última mirada! ¡Todo ha terminado! ¡Todo!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO